

La gente que en el castillo  
 Quedaba se despertó,  
 Vió asombrada que su sueño  
 Tan tenaz, fué en conclusion  
 Obra del fatal narcótico  
 Que el peregrino les dió.  
 En vano desatentados

Por uno y otro salon  
 En busca de ambos corrieron  
 Con iracundo furor ;  
 Al aposento llegando  
 De Argentina y del baron  
 Solo hallaron sus cadáveres,  
 Cuya vista daba horror.

### CONCLUSION.

A pocas noches en Burgos  
 Luminarias se encendian,  
 Dulces músicas se oian  
 Y alegres danzas do quier ;  
 Y á las puertas del palacio  
 La multitud agolpada  
 Pedia desaforada  
 La nueva condesa ver.

En tanto tras de los vidrios  
 De sus calados balcones  
 De los suntuosos salones  
 Irradiando el resplandor,  
 En cuadros de la luz brillante  
 En la plaza se pintaban,  
 Y mil sombras los cruzaban  
 En tropel encantador.

Y esto que via la turba  
 El gozo ajeno envidiando  
 Desde la plaza gritando  
 Seguia con doble afan,  
 Cubriendo á veces el ruido  
 De sus múltiples acentos  
 El son de los instrumentos,  
 Que dentro sonando están.

Se abrió por fin á sus voces  
 Un balcon en el palacio,  
 Colocáronse en su espacio  
 Dos personas á la vez;  
 Y conociendo á sus condes  
 Rompió una voz de repente  
 En un aplauso la gente  
 Espontáneo y sin doblez.

—« ¡ Viva el conde de Castilla ! »  
 Gritaba la muchedumbre,

Y allá del aire en la cumbre  
 Se oia el ¡ viva ! sonar.  
 —« ¡ Viva la condesa Blanca ! »  
 Gritando el pueblo seguia,  
 Y allá en el viento se oia  
 ¡ Blanca ! ¡ viva ! retumbar.

Y al son del aplauso ronco  
 En el balcon recostado  
 Así en tono sosegado  
 El conde á su esposa habló :  
 « Blanca, á la infame Argentina  
 « Del mismo modo aplaudieron,  
 « Y al cabo la maldijeron  
 « Y al cabo la maté yo.

« Pues tan de léjos te traje  
 « Para sentarte en su silla  
 « Haz que se olvide en Castilla  
 « Quien la ocupó antes que tú:  
 « Que de otro modo, condesa,  
 « De mi trono hereditario  
 « No será mas que un sudario  
 « El pabellon de tisú. »

Dió el conde un ósculo amante  
 En la mejilla á su esposa,  
 Y los ojos ruborosa  
 La bella Blanca bajó ;  
 Aplaudió la turba al punto  
 Tan cortés galanteria,  
 Y al son de su voceria  
 El conde el balcon cerró.

Siguió el placer con la fiesta  
 Prolongado hasta la aurora  
 Y de Castilla señora  
 Quedó Blanca desde allí,

Y de la torpe Argentina  
 Borrada al fin la memoria,  
 Se guareció de la HISTORIA  
 De donde á sacarla fui.

—  
 Lector: Si has visto con gusto  
 Como mis lindas francesas

Vinieron á ser condesas,  
 Por un bizarro español,  
 Léelas, cómpralas y apláudelas,  
 Y los cielos son testigos,  
 De que quedamos amigos  
 Para mientras dure el sol.

FIN DE LA LEYENDA TERCERA.

## LEYENDA CUARTA.

### MARGARITA LA TORNERA.

(TRADICION).

### INVOCACION.

¡Espíritu sublime y misterioso  
 Que del aire en los senos escondido  
 Templas su voz, prestándole armonioso  
 Eco gigante ó soñoliento ruido;  
 Arcángel cuyo canto melodioso  
 El orbe arrulla ante tus pies tendido,  
 Inspira tú palabras á mi acento  
 Gratas como la música del viento!

—  
 Porque ¿quién como tú me las daría?  
 Tú, cuya voz dulcísima murmura  
 En la quietud de la floresta umbria,  
 Y del bosque salvaje en la espesura,  
 Y en los gemidos de la mar bravía,  
 Y en los murmullos de la sombra oscura,  
 Y cuanto tiene inspiracion ó acento  
 Tonos te pide para usar su aliento.

—  
 ¿Quién como tú la inspiracion me diera  
 Y la armonia celestial y santa,  
 Y la robusta entonacion severa

De que carece mi mortal garganta?  
Cruzar los lindes de tu azul esfera,  
Medir audaz la inmensidad que espanta  
No osará, no, mi pensamiento vano  
Sin el auxilio de tu santa mano.

Y tú radiante y peregrina estrella,  
María, de los mundos soberana,  
Madre sin mancha, compasiva y bella  
A quien adoro en ilusión lejana  
Cual faro santo que en mi fe destella,  
Mi voz perdona, si mi voz profana  
Osa hablar de tu amor, y tu hermosura  
Con lengua pobre, terrenal é impura.

Sé que mis ojos, inmortal Señora,  
La gloria manchan de tu faz divina;  
Indignos ¡oh celeste emperadora!  
Son de mirar tu sombra peregrina;  
No merece mi lengua pecadora  
Ser alfombra á tu planta cristalina,  
Mas deja al fin ¡oh luz de mi esperanza,  
Que alce un himno mi voz en tu alabanza!

Venid los que llorais! oid mi canto  
Los que creéis en la virtud y el cielo:  
Venid, almas transidas de quebranto  
Venid á oirme y hallareis consuelo,  
Vereis lucir tras la tormenta oscura  
Un rayo de esperanza y de ventura.

I.

EL PADRE Y EL HIJO.

Dicen que en una ocasión  
(El año no hace á la esencia  
Del hecho) habia en Palencia  
Un tal don Juan de Alarcon.  
No era de Palencia el tal,  
Mas su padre residia  
Allí, porque allí tenia  
Crecidísimo caudal.

Gil, era el nombre del padre,  
Viudo desque Juan vivió,  
Pues el muchacho nació  
Dando la muerte á su madre.  
Adoraba el buen don Gil,  
En su hijo, y era don Juan  
El mancebo mas galan,  
Mas generoso y gentil

Que en Palencia se encontraba;  
Siempre de amigos cercado,  
Siempre de ellos festejado  
Puesto que él siempre pagaba.

Ello es cierto que por mas  
Que el padre le amonestó,  
Un libro jamás abrió  
Ni oyó un maestro jamás.

Peró en cambio era el mejor  
Que habia en todo Palencia  
Pará armar una pendencia  
O enmarañar un amor.

Arrinconaba á un maestro  
Tirando la espada negra,  
Y dicen que fué á Consuegra  
A desafiar á un diestro,

Y sacándole á reñir  
Matóle y tomó su dama,  
Con lo cual creció su fama  
Lo imposible de decir.

Iba pues todos los dias  
En auge, con sus extrañas  
Y turbulentas hazañas  
Hechas en las cercanias.

Pues aunque áspero de genio  
E indolente el tal don Juan  
Era mozo muy galan  
Y de ventajado ingenio.

Cada noche andaba en vela  
Por una nueva beldad,  
Y daba gozo en verdad  
Verle tocar la vihuela.

Cantaba que era delicia,  
Y sabia centenares  
De endechas y de cantares  
Que rebosaban malicia.

Y tan jóven, tan apuesto,  
Tan bello y con fama tal,  
Dueño de tan buen caudal  
Y á cualquier lance dispuesto,

Era en todos los partidos  
Entre rondas y querellas  
El cucú de las doncellas  
Y el coco de los maridos.

Que no hay una cuya reja

A su reclamo no se abra,  
Ni le esquivé una palabra  
Dicha de paso á la oreja.

No hay casado cuyo sueño  
Su voz no turbe ó asombre,  
Ni marido que á su nombre  
No frunza un tantico el ceño.

Y el buen don Gil que sabia  
Las proezas de su hijo  
Le amonestaba prolijo  
Cada noche y cada dia.

Mas él seguia sin tino  
Dando brida á sus locuras  
Y diciendo «que aventuras  
Buscar, era su destino.»

Envióle á Valladolid,  
Mas fué en la universidad  
De rebeldes capataz  
Y de zambras adalid.

El fué haciendo mil papeles  
En rondas y francachelas  
El alma de las vihuelas  
Y el terror de los bedeles.

Y causador de las bullas  
Y arrestos estudiantiles,  
Azotó á los alguaciles  
Y acuchilló las patrullas.

Quisose usar de rigor  
Con él, y sentó tan mal,  
Que un dia en la catedral  
Se agarró con un doctor.

Tomaron otros la injuria  
Tan á pechos, que cerraron  
Sus cátedras, y aun hablaron  
De don Juan con harta furia;

Mas sus palabras contadas  
Ante él, en un claustro pleno  
Presentóse, y lo hizo bueno  
Con muchos á bofetadas.

Un canónigo muy viejo  
Pariente suyo le dió  
Quejas, á que él respondió  
Con insolente despejo:

«Que tenia el alma seca  
De hablar de legislacion

Y que sentia intencion  
 De quemar la biblioteca. »  
 En fin, no hallando mas medio  
 De estar en seguridad  
 Mandaron que la ciudad  
 Despejara sin remedio.  
 Él decidió resistir  
 La órden cuanto pudiera,  
 Pero tan precisa era  
 Que al fin fué fuerza partir.  
 Salió, sí, de la ciudad,  
 Pero á caballo y de dia  
 Con tal pompa y osadía  
 Que fué escándalo en verdad.  
 Volvióse á Palencia pues,  
 Y en su caballo mejor  
 Entró cual conquistador  
 La misma tarde á las tres.  
 Recibióle el buen don Gil  
 Irritado y con razon;  
 Pidióle el mozo perdon,  
 Culpó á su ardor juvenil.  
 Pintóse muy ultrajado  
 Por la estudiantil canalla,  
 E hizo justa la batalla  
 A que le habian provocado.  
 Forjó un enredo chistoso  
 Con el rector y una moza  
 Que vino de Zaragoza  
 Con oficio no piadoso;  
 Y contó tan peregrinos  
 Lances de entrambos, que el viejo  
 Tuvo por mejor consejo  
 Reirle sus desatinos.  
 Y como era de pensar  
 Tras tan exótica risa  
 Diéronse ambos buena prisa  
 Lo pasado en olvidar.  
 Tornóle el padre á sus brazos  
 Y perdonó en conclusion,  
 Que al cabo los hijos son  
 De las entrañas pedazos.  
 Tornó á ser pues lo que era;  
 Y quedaron finalmente  
 El padre tan indulgente

Y el hijo tan calavera.

Viven el padre y el hijo  
 Frente por frente á unas monjas  
 Que un esquilon les repican  
 Dos veces en cada hora.  
 Don Gil que es hombre devoto  
 Y acosado de la gota  
 De tal vecindad se alegra,  
 Mas de ella don Juan se enoja.  
 Dice el padre: «aquí tenemos  
 Misa, jubileo y honras,  
 Pláticas y ejemplos santos,  
 Que al cabo jamás estorban.»  
 Dice el hijo: «¡ Que demonio !  
 « Es una calle tan sola...  
 « No hay en toda ella una reja  
 Util ni á cita ni á ronda.»  
 Dice el padre: «esas benditas  
 «Están ganando la gloria  
 « Y encomendando al Eterno  
 « Sus vecinos... ¡ él las oiga ! »  
 Dice el hijo: «esas mujeres  
 « Se están como unas marmotas  
 « Toda su vida encerradas,  
 « ¡ Vaya una aprension diabólica ! »  
 Dice el padre: « el capellan  
 « Que es doctísima persona  
 « Me tiene continuamente  
 « Conversaciones sabrosas.»  
 Dice el hijo: «así á lo menos  
 « Hubiera una buena moza  
 « A quien decir cuatro flores... ! »  
 « Serán unos cocos todas.»  
 Y el padre: « nada me falta  
 « Para una vejez dichosa,  
 « La iglesia y la plaza cerca,  
 « Casa y rentas que me sobran.»  
 Y dice el hijo: «por último,  
 « Haremos una intentona  
 « A ver si las enjaula das  
 « Son lechuzas ó palomas.»  
 Y así el padre y así el hijo  
 Distintos proyectos forman,  
 Aquel con sus devociones

Y estotro con sus devotas.  
 Don Gil reza y oye misas  
 Tres ó cuatro, una tras otra,  
 Y don Juan acecha atento  
 La morada misteriosa.  
 Va de continuo á la iglesia  
 Y al pié del coro se aposta,  
 Troneras y celosias  
 De dia y de noche ronda.  
 Mas ni vé, ni alcanza nada,  
 Pues entre verjas y tocas  
 Todas son blancas visiones  
 Que á lo léjos se evaporan.  
 Si llama al torno—¡ Deo gratias !  
 Responde dentro gangosa  
 Una voz que huele á vieja  
 Y suena á campana rota.  
 Él, pide agua de algive,  
 Y escapularios y tortas  
 Por echar una puntada  
 Sobre si hay muchas ó pocas  
 Madres, ancianas ó jóvenes,  
 Y por mas que á la rectora  
 Alaba, y á las novicias,  
 Y á la que el órgano toca,  
 Y á las que cantan en coro,  
 Y á la salmista que entona,  
 Y hasta á la vieja beata  
 Que afuera pide limosna,  
 Es inútil su destreza,  
 Nada adelanta ni logra.  
 Siempre á sacar viene en limpio  
 Noticias que no le importan:  
 La novena de santa Ana,  
 El sermon del padre Acosta,  
 La nueva casulla verde,  
 La falda de santa Rosa,  
 Cosas de que gusta el padre  
 Que es viejo y que tiene gota,  
 Pero que al hijo concluyen  
 Por remontarle la cólera.  
 Y al cabo sale diciendo:  
 ¡ Bruja condenada y chocha  
 Que nunca responde acorde  
 Ni dice cosa con cosa !

Desistió pues del empeño,  
 Mas fué temporada corta,  
 Merced á un nuevo incidente  
 Que al cabo picó en historia.  
 Llevóle su padre á misa  
 Un dia casi á la aurora:  
 Ya habia en la iglesia gente  
 Aunque soñolienta y poca.  
 Oraba el padre de hinojos  
 En un pico de la alfombra  
 Que disimulaba en parte  
 La humedad de las baldosas,  
 Y él recostado en las verjas  
 Del coro, en dulces memorias  
 Dejaba vagar perdida  
 Al ánima irreligiosa.  
 Ya sonreia afectado  
 Por ideas seductoras,  
 Ya el entrecejo fruncia  
 Por negros recuerdos de otras  
 Y tan absorto se hallaba  
 Con sus visiones gloriosas,  
 Que ya alzaba el sacerdote  
 La sacratisima forma  
 Y él sin bajarse á adorarla,  
 En su quietud silenciosa  
 Continuaba con escándalo  
 Del pueblo que cree y adora.  
 Y á la verdad que no era  
 Culpa enteramente propia  
 Pues parte habria del diablo  
 La malicia tentadora.  
 Ello es que él á sus espaldas  
 Sintió señal cautelosa  
 Que le arrancó de sus vanas  
 Visiones encantadoras,  
 Y una voz que le decia  
 Limpia argentina y sonora:  
 De rodillas, caballero,  
 Que están alzando la hostia.  
 Y él advertido y curioso  
 De hinojos cayó en las losas  
 Pero volviendo la cara  
 Al maestro de ceremonias.  
 Era el tal una monjita,

Que al notar la codiciosa, Si fuerais vos...  
 Mirada del mozo en ella, LA MONJA.  
 De rubor se puso roja, Servidora  
 Bajó los ojos al suelo, Vuestra.  
 Sobre el pecho vergonzosa DON JUAN.  
 Dobló la cerviz, y humilde Callada y prudente...  
 Tocó la tierra y besóla. LA MONJA.  
 Mas encontrando al alzarse, Cuando la prudencia importa.  
 La mirada abrasadora, Yo soy obediente y...  
 Del mozo clavada en ella DON JUAN.  
 Levantóse presurosa. ¡Bueno!  
 Don Juan advirtiendo astuto Si no desplegaís la boca,  
 Que se iba y que estaba sola, Yo os prefiero á la abadesa.  
 Asió la ocasion propicia, LA MONJA.  
 Y á desvanecerse pronta; No hay abadesa, es priora.  
 —¡Chist! La dijo, con la mano DON JUAN.  
 Llamándola: Hermana oiga A la priora, es lo mismo,  
 Una palabra. Para hablaros de una cosa,  
 LA MONJA. De un secreto que interesa.  
 Qué quiere? LA MONJA.  
 DON JUAN. ¡Secreto!  
 ¿Sois tal vez la superiora? DON JUAN.  
 LA MONJA. A la mayor honra  
 Yo, señor! soy la tornera. Y gloria de Dios, y vuestra.  
 DON JUAN. LA MONJA.  
 La tornera! sois muy docta ?Mia?  
 Para oficio tan servil DON JUAN.  
 Y diestra, remedadora Pues, y de las monjas.  
 De acentos, pues respondeis LA MONJA.  
 ¡Deo gratias!... tan temblorosa, Decídmelo.  
 Que mas parece que vuestra, DON JUAN.  
 La voz de una setentona. Es imposible.  
 LA MONJA. Despacio ha de ser y á solas,  
 Ved que decís, caballero, Y pronto, pues urge mucho.  
 Que yo no he sido hasta ahora LA MONJA.  
 Tornera, y lo soy este año ¡Ay! Dios!  
 Por muerte de Sor Leoncia! DON JUAN.  
 ¿Murió la pobre? ¡Eso es! ya medrosa  
 LA MONJA. Vais á publicarlo todo  
 Murió. Y vais... vaya ¡teneis hora  
 Mas mirad que se prolonga En que poder escucharme?  
 La conversacion y... Porque es fuerza que persona  
 DON JUAN. De la casa me segunde  
 Es cierto: La intencion.

LA MONJA. En oyendo la campana...  
 Como no escoja DON JUAN.  
 La de Maitines... Sí, mi casa está muy próxima,  
 DON JUAN. La oigo bien.  
 ¿De noche? LA MONJA.  
 Mejor es que ninguna otra. Pues hasta luego  
 ¿Y en dónde os veré? DON JUAN.  
 LA MONJA. Adios, hermana... y memorial...  
 En la reja. Salió la monja del coro,  
 De esa capilla; me toca Don Gil con su pierna coja,  
 Velar esta noche. Salió acabada la misa,  
 DON JUAN. Y don Juan, el alma loca  
 ¡Bueno! De gozo, atisvó la reja  
 No alteis. Citada, y buena juzgóla  
 LA MONJA. Para el caso, en sí diciendo:  
 Estaré pronta. ¿La niña ¡eh! si será tonta?

II.

INSENSATEZ Y MALICIA.

La media noche era dada,  
 Y aun tocaban á maitines  
 Los esquilonos agudos  
 Con discordante repique,  
 Cuando don Juan de Alarcon,  
 Dichoso en amor y lides,  
 Tomaba punto en la calle,  
 Despreciando la molicie  
 De la cama, y sin cuidar  
 De que en el vulgo le tilden  
 La ronda, si se descubre  
 O hay lance que la complique.  
 Largo y toledano acero  
 Bajo la capa se ciñe,  
 Por si salen á campaña  
 Curiosos ó ministriles.  
 Por lo demás, su disfraz  
 Maldito lo que le aflije,  
 Solo de su ropa y cara  
 En todos lances se sirve,  
 Pues no le importa que nadie  
 Le conozca, ni le mire  
 Por donde quiera que vaya

Pase, espere, oiga, ó platique.  
Por consiguiente don Juan  
Impertérrito prosigue  
Esperando que la reja  
O se ocupe ó se ilumine.  
Y está la noche á propósito,  
Pues pardas nubes impiden  
A la encapotada luna  
Que en toda su fuerza brille.  
De modo, que siendo á un tiempo  
Clara y nublada, despide  
Luz para quien luz desea,  
Sombra para quien la pide.  
Todo en Palencia reposa  
Que es ciudad pobre, aunque insigne,  
Y alberga de labradores  
Gran parte y de gente humilde,  
Y es fuerza que pues madrugan  
Largas horas no vigilen,  
Ni pasos pues, ni rumores  
De vivientes se perciben;  
Oyese solo del aire  
El son prolongado y triste,  
Y el ladrido de los perros  
Que ecos lejanos repiten.  
Suena á lo léjos el órgano,  
Y vienen á confundirse  
Con sus cláusulas calientes,  
Las ráfagas invisibles  
Que de las torres perdidas  
En los calados sutiles  
Murmuran, silban, ó zumban,  
Chillan, retumban ó gimen.  
Horas medrosas son estas  
En que la mente concibe  
Larga turba de fantasmas  
Que estorban aunque no existen.  
Horas que para sus juntas  
Los espíritus eligen,  
Y el vulgo para sus cuentos  
De apariciones y crímenes.  
Mas sin acordarse de ellas  
Con ánimo osado y firme,  
Aunque de aguardar cansado,  
Y casi tentado á irse,

De arriba abajo don Juan  
La calle embozado mide  
A la sombra de las tapias,  
Y al compás de los maitines.  
Y ya en el centro del claustro  
Cesado habian de oirse  
Tiempo hacia, y ya el mancebo  
Renegaba de la stirpe  
De la tornera, y de todas  
Las monjas que á coro asisten  
En el mundo, cuando espacio  
Siente la ventana abrirse,  
Y en la oscuridad confusa  
Haciendo vista de lince  
Un vago contorno blanco  
Tras de los hierros percibe.

DON JUAN.

Hermana ¡Gracias á Dios!  
Mas de un hora me tuvisteis  
De planton, ¡Dios os lo premie!

LA MONJA.

¿Tardé mucho?

DON JUAN.

(Vaya un chiste.)

No hay para que hablar ya de ello  
Puesto que al cabo vinisteis.

LA MONJA.

¿Sabe lo que digo, hermano?

DON JUAN.

No, hermana, sino lo dice.

LA MONJA.

Dirélo: cuando muchacha  
Leí unos libros que escribe  
Un tal Quevedo, que tienen  
A fe mia mucho chiste,

Y hay un lance en uno de ellos  
Tan bonito... y que á decirle  
Verdad se parece tanto  
A esta noche..!

DON JUAN.

¿En qué, mi Filis?

LA MONJA.

En que hay un mozo en la calle  
Que sois vos, y viene á oírle  
Una mujer, que soy yo, y...



Pero antes que se me me olvide  
Mirad , Filis no me llamo  
Sino Margarita.

DON JUAN.

¡ Miren  
Que nombre tiene tan lindo  
La hermana !

LA MONJA.

¿ Os gusta ?

DON JUAN.

Indecible

Gozo me dá vuestro nombre  
Y admiro que signifique  
Una cosa tan preciosa  
Como quien la usa y recibe.

LA MONJA.

¿ Gasta lisonjas , hermano ?  
Mas soy curiosa , decidme  
¿ Y Filis que significa ?  
Que há poco me lo dijisteis .

DON JUAN.

Esa es una pastorcilla  
Muy bonita , de unos quince  
Años , con dos ojos negros  
Que en luz con el sol compiten ,  
Y con un cútis mas blanco  
Que las plumas de los cisnes ,  
Con un cuerpo mas esbelto  
Que una palma , y mas flexible  
Que los juncos olorosos  
Que en el agua echan raices ,  
Y con dos manos mas bellas  
Que el nacar y los jazmines .

LA MONJA.

¿ Y donde está esa muchacha ?

DON JUAN.

Es una niña invisible  
Que en la idea solamente  
De los poetas existe .

LA MONJA.

¿ Y que tengo yo que ver  
Con Filis ?

DON JUAN.

¿ Nunca os pusisteis  
Delante de algun espejo ?

MARGARITA.

Si por cierto .

DON JUAN.

Y la visible

Apariencia del cristal

¿ Que os mostró ?

MARGARITA.

No es muy difícil

De decir , era otra yo ,

Otra monja .

DON JUAN.

¿ Mas no visteis

Que era una monja muy bella

Aunque estaba un poco triste ?

MARGARITA.

¡ Calla ! es verdad que lo estaba ?

DON JUAN.

¿ Y sin los frescos matices

De un rostro tan jóven ?

MARGARITA.

¡ Vaya !

DON JUAN.

Y ojerosa , y ¿ no os hicisteis

Cargo de lo mal que la iban

Aquellos mil arrequives ,

De tocas y de sayales ,

Y de mantos , que la impiden

Mostrar el cuello de tórtola ,

El alto pecho de cisne ,

Y los tornátiles brazos ,

Y las madejas sutiles

De los sedosos cabellos

Que para nada la sirven ?

MARGARITA.

Hermano ¡ Jesus mil veces !

Jesus que cosas me dice

Tan peligrosas , empiece

Lo que tenga que advertirme

Del secreto .

DON JUAN.

(Pobrecilla)

Pues bien , Margarita , oidme .

Si conocierais un hombre ,

Como allá dentro os lo finge

Vuestra mente , osado , jóven ,

Cariñoso, irresistible,  
Y os dijeran que en el mundo  
Pasan sucesos horribles,  
Guerras y persecuciones,  
Muertes é incendios á miles  
Cometidos por contrarios  
Victoriosos é invencibles,  
Que demuelen las iglesias  
Y se teme que se avisten  
Dentro de poco en Palencia  
Y á todos nos aniquilen;  
Y ese mancebo os dijera,  
Ven, es forzoso seguirme,  
Yo solo puedo salvarte,  
Yo te amo! ¿osarias seguirle?

MARGARITA.

¡Dios mio!

DON JUAN.

Si eso os dijera

Yo sé un lugar infalible  
Donde sin guerras ni duelos  
Y sin afanes se vive  
Con compañeros alegres,  
Entre danzas y festines  
Prolongados en la noche  
Con funciones y con brindis,  
Y yo soy dueño absoluto  
De esos lugares felices  
Y tú ¡Margarita mia!  
¡Luz de mis ojos! tú triste  
En la soledad consumes  
Tus auroras juveniles,  
Tus olvidados encantos...  
¡Oh alma mia! presto sigueme  
Ven, huyamos amor mio,  
Huyamos de estos confines  
Donde la muerte te aguarda  
Y la desdicha reside;  
¿Qué diriais?

MARGARITA.

¡Ay, hermano,

No sé que me dá!... decidme

¿Todo eso es cierto?

DON JUAN.

Muy cierto,

Pero secreto imposible  
De revelar, porque todos,  
Quieren que todos peligren  
Al mismo tiempo y sucumban,  
Y á quien lo sabe persiguen  
Con tormentos y castigos;  
Con que, hermana, por terrible  
Que sea la tentacion  
De hablar, como la resiste  
Vea, porque si lo cuenta  
Tal vez su vida peligre!

MARGARITA.

¡Ay Virgen santa!

DON JUAN.

Y la aviso

Que si á mi razon se rinde  
Yo la sacaré del claustro  
Antes que el mal se aproxime.

MARGARITA.

¡Ay sí, sí!

DON JUAN.

¿Consiente en ello?

MARGARITA.

Si por cierto.

DON JUAN.

¿Y será firme

en resolucion tamaña?

MARGARITA.

¿Que si seré?—Dios me libre:

¡Morir así entre las manos

Sangrientas de esos caribes

Que decis!

DON JUAN.

Pensadlo á solas

Y entraos, no nos atisben

Y nos frustren el intento:

A Dios, hermana.

MARGARITA.

Él os guie

Y os acompañe.

DON JUAN.

¡Ea, á Dios!

Y si estais pronta á seguirme,

Yo os quiero mucho, y con tiempo

Salvaros no es muy difícil.

MARGARITA.

A Dios.

DON JUAN.

A Dios.

Y á la reja

Echó los cerrojos triples  
La monja, y empezó el mozo  
A todo trapo á reirse.

Abrió al fin y entró en su casa  
Con llavin de que él se sirve ;  
Acostóse, y rebujándose  
La ropa hasta las narices  
Apagó la luz diciendo :  
«Pues señor, bien : muchas hice,  
Mas vive Dios que esta última  
Será tal que me acredite.»

### III.

#### TENTACION.

Aun no cuenta Margarita  
Diez y siete primaveras :  
Y aun virgen á las primeras  
Impresiones del amor,  
Nunca la dicha supuso  
Fuera de su pobre estancia,  
Tratada desde la infancia  
Con cauteloso rigor.

Hija de padres, si nobles  
Desconocidos y avaros  
Compró la infeliz muy caros  
Los gustos de su niñez.  
Y al cabo tornóse en humo  
Y en soledad para ella  
La vida futura y bella  
Que se imaginó tal vez.

Siempre encerrada y oculta,  
Cuando en el mundo vivía  
Solo del mundo veía  
La calle tras un cancel :

Y no alcanzó, de su casa  
Fuera del triste recinto  
El mágico laberinto  
Que se extendía tras él.

Jamás pensó que las flores  
Que sus jardines criaran,  
Los salones perfumaran  
Preparados al festin ;  
Jamás pensó que las noches  
Que ella pasaba en su lecho  
Tuvieran bajo otro techo  
Mas delicioso, otro fin.

Que las danzas bulliciosas,  
Las alegres serenatas,  
Las mil quimeras dichosas  
De la alegre sociedad,  
Aun no habian en tumulto  
Ido á tender en sus sueños  
Los dos lazos halagüenos  
De amor y de vanidad.

Amor ! esa fantasía  
Vaporosa y encantada,  
Selva escondida, empapada  
De armonía y de placer ;  
Santuario de la ventura,  
Magnífico paraíso  
Donde ir vagando es preciso  
Tras un fantástico sér.

Un sér que huye y se engalana  
Con los colores del viento,  
Y se nos muestra un momento  
En fugitiva ilusión,  
Y un sér que á pocos contenta  
Cuando por fin alcanzado  
Deja el oropel prestado  
Y descubre el corazón.

¡Feliz quien halla en su centro  
Fresco pabellon tranquilo  
De reposo, y no dá asilo  
En él á la vanidad.